PÁGINAS HISTÓRICAS

EL CORSARIO PODEROSO

I

¿Sabéis algo acerca de los hechos y triunfos de corsarios españoles en nuestras guerras pasadas?

Seguramente no, supuesto que nada hay impreso ni publicado; nada se dice de ellos en historias ni monografías; en vano pediríais en nuestras bibliotecas un libro que dedique siquiera una página a lo que fué el corso, el verdadero corso español, desde que se promulgaron las Ordenanzas Reales autorizándolo y reglamentándolo.

Pero en el archivo del Ministerio de Marina, su ilustrado jefe, D. Angel Lasso de la Vega, puso bajo mis ojos un centenar de legajos inéditos, con los que habría bastante material para escribir la interesante historia del corso español; mas como no me es posible reducir a un artículo aquel cúmulo de sucesos, me atendré a mencionar varios de los que evidencian que *los mayores enemigos del corso han sido siem-*

pre los Gobiernos, por sus cobardías y condescendencias ante las reclamaciones de los países neutrales; citaremos ejemplos:

1.° La fragata americana *Paquete,* a la que en 1801 apresó el corsario *El Cid* y fué declarada *mala presa* por incitación de Mr. Dale, jefe de la escuadra de los Estados Unidos en el Mediterráneo.

2.° Las urcas holandesas *María Catalina* y *Cornelia Lucía,* que apresó en el Estrecho el corsario *San Antonio,* declaradas *buenas presas* y luego *malas* con el pretexto de que el pabellón cubre la mercancía.

3.° El brik-barca francés *Le Vigilant,* apresado por el místico corsario *El Afortunado* frente a Estepona, declarado *buena presa,* y que después de vendida fué devuelta, merced a reclamaciones de Francia.

4.° Los bergantines austriacos *Fache* y *La Envidiable,* que cautivó el corsario *Vivaracho* y que, declarados *buena presa,* también fueron restituídos por arbitrariedad de Fernando VII; y débese advertir que el *Fache* había contestado al fuego del corsario, batiéndose hasta rendirse.

5.° La goleta holandesa *Gran María,* apresada cerca de Puerto Rico por el bergantín corsario *San José,* que, declarada

buena presa, volvió a poder de sus armadores.

6.º La corbeta norteamericana *Unión,* que apresó en 1824 el corsario *Fernando VII,* fué declarada primero *buena presa* y luego *mala,* a consecuencia de que los dueños del cargamento aseveraron que aprehensor y aprehendido habían obrado de acuerdo, lo que originó al capitán corsario una causa criminal, de la que resultó, en definitiva, sin culpas... y *sin presa.*

En cambio, el capitán del corsario *Intrépido,* apresador del brik-barca francés *La Carolina* (en 1823), frente a Belle Isle, no necesitó luchar con expedientes criminales ni de otro género, pues cuando el embajador de Francia reclamó su devolución hubo de contestársele que aquel brik-barca no había llegado a ningún puerto, ni tenían noticia alguna de semejante presa. ¿Adónde se lo llevaría el astuto capitán? ¿Tendría noticias de las pasadas burlas?

Es probable.

II

Pero la relación de esos apresamientos sólo comprueba la eficacia del corso para

disminuír la riqueza comercial del enemigo. No es esto lo que satisface. España aprecia más que la captura de varias mercancías la de un buque que se defienda. Esa es la verdadera y más hermosa misión de los corsarios.

Y ésa es justamente la que han realizado en multitud de ocasiones los nuestros; y como prueba relataré el hecho concreto y exacto en sus más insignificantes detalles ocurrido el 2 de diciembre del año 1800.

España estaba en guerra con la Gran Bretaña.

Habíase autorizado el corso, y un comerciante de Cádiz, D. Juan Bargel, armó una lancha grande con tres cañones y 40 hombres de tripulación, confiándole su mando a Miguel Villalba, de la matrícula de Tarifa.

Llamábase la lancha cañonera *San Francisco Javier;* pero Villalba encontró este nombre poco guerrero y le puso por alias nada menos que *El Poderoso.*

Partió *El Poderoso* en busca de presas y se apostó frente a Gibraltar, donde las consideraba seguras, aunque exponíase a inminentes riesgos.

¿Los temería Villalba? Ahora lo sabréis.

Al amanecer el día 2 de diciembre avistó *El Poderoso* un bergantín que navegaba en demanda de dicho puerto.

A poco reconoció con júbilo que el bergantín era de guerra y salió a su encuentro. Mas próximo a aquél, contó sus cañones, que eran *diez y ocho,* y entonces izó la bandera española, *clavándola* para que no pudiese arriarla nadie; disparó su primer cañonazo sobre el bergantín de guerra, que le respondió con una andanada, y trabóse el combate.

¿Qué esperanzas de triunfo pudieran acariciar los de la cañonera, seis veces inferior a su enemigo?

Sin duda, Villalba creía poder nivelar la superioridad de diez y ocho cañones contra tres y la de un bergantín contra una lancha merced exclusivamente al valor temerario de sus hombres.

Y no se engañaba.

La lancha, maltrecha con la lluvia de proyectiles, atracó al bergantín, lanzóse al abordaje y fué rechazada por su tripulación.

Pero Villalba no ceja y atraca de nuevo su pequeño buque al enemigo, empeñándose en un segundo abordaje.

Los marinos ingleses defendían como leones aquel pedazo flotante de su terri-

torio, atacado con audacia increíble por unos corsarios sin disciplina e inferiores en armas y en fuerzas.

Desde la borda del bergantín, que dominaba a *El Poderoso* (!), hacíanle un nutrido fuego y con golpes de hacha detenían el asalto de los más valientes.

Villalba fué también rechazado en este segundo intento; la empresa era muy ardua, casi loca.

El bergantín se separó algo del corsario y volvió a cañonearlo.

Entonces éste, con doble arrojo y a fuerza de remo, atracóse otra vez y le echó los garfios; sus hombres, que poseían solamente facas y cuchillos, como un alud asaltaron el buque enemigo.

Los ingleses luchaban desesperados; pero los nuestros al fin invadieron la cubierta.

El comandante del bergantín, rojo de vergüenza e ira, lanzóse al frente de todos y combatió cuerpo a cuerpo hasta caer.

Los españoles redoblaron su furor, sus saltos de tigre, que siempre hacían una víctima, y, por último, la tripulación inglesa, tres veces diezmada, retrocedió y rindióse.

Villalba y su gente los desarmaron; ocu-

paron el buque, su bandera de guerra fué arriada y sustituída, en medio de atronadores vivas a España.

Desde Gibraltar verían, sin duda, este combate, este cambio de pabellón y este apresamiento inverosímil de un bergantín de guerra por una lancha corsaria, y también debieron ver cómo aquél volvió la popa al Peñón para seguir a su vencedor y nuevo dueño.

El bergantín llamábase *Pasley,* y su comandante, el Teniente de navío Mr. Carlos Nevins, que quedó gravemente herido. Los ingleses tuvieron doble número de bajas que los españoles en el combate. Villalba resultó ileso.

En el parte que dió al Gobierno el Marqués de Arellano, Capitán general del Departamento de Cádiz, decía: «Que el corsario *San Francisco Javier,* en la madrugada del 2, salió del Tolmo a reconocer al bergantín británico, que venía del O. con rumbo al ESE., y conociendo era de guerra, consultó Villalba con su tripulación, que determinó dar combate; al efecto, cayó sobre él, haciendo un vivo fuego, a que correspondió el bergantín en iguales términos, rechazando los dos primeros abordajes; pero en el tercero fué apresado y conducido a Ceuta, donde se remediaron

las averías de ambos. El bergantín conducía pliegos de Plymouth a Gibraltar; estaba cargado con catorce obuses de a diez y ocho y cuatro de a seis, y cincuenta y ocho individuos; tuvo diez muertos y siete heridos, entre ellos el capitán; y el corsario, un muerto y ocho heridos; estaba dotado con cuarenta y tres plazas y armado con un cañón de a veinticuatro y dos de a seis...»

El Gobierno, a propuesta del Director general de la Armada, otorgóles recompensas en los términos siguientes:

«Su Majestad aprueba la conducta del expresado patrón Villalba, igualmente que la de los demás que lo acompañaron en su buque a esta acción, y que por ella se señale al primero el uso del cuarto escudo de distinción y premio, y el del segundo a Juan de Torres, Juan del Rey, Francisco Macía, José Fernández, Ignacio Fernández y D. Juan de Lagenestierre, cuyos seis individuos manifiesta el patrón se distinguieron más.»

Este premio insignificante llenó de amargura a Villalba, cuya ambición era nobilísima, y elevó una solicitud al Rey en términos hermosos y de sencilla elocuencia (1); ansioso de nuevas glorias, pe-

(1) He aquí el texto de la solicitud:

«Miguel Villalba, capitán de la lancha cañonera española *San Francisdo Javier* (a) *El Poderoso*, a V. M. expo-

día continuar sus servicios en la Armada en aquella clase de distinción y honor militar que el Rey ofrecía por el art. 4.º de las Ordenanzas del corso. El artículo dice así: «Se reputarán los servicios que hicieren los jefes y cabos de dichas embarcaciones durante el tiempo que se dedique al corso como si los ejercitasen en mi Real Armada; y a los que *sobresalieren* en acciones señaladas se les concederán recompensas particulares, como son privilegios de nobleza, pensiones, empleos y grados militares, *según la fuerza de los bajeles de guerra o corsarios enemigos* que *apresaren y la naturaleza de los combates que sostuvieren*».

Bien se ve que Villalba había merecido el más alto de aquellos premios, supuesto

---

ne: Que conducido del amor a la patria y deseando contribuír con su propia vida a los fines de la nación en la presente guerra contra los ingleses, admitió gustoso el mando de la referida lancha con la fuerza de un cañón de veinticuatro, dos de a seis y cuarenta y tres hombres de tripulación, en el seguro concepto de que en el crucero del Estrecho de Gibraltar, donde se proponía hacer el corso, no faltarían ocasiones de que los enemigos experimentasen los efectos del patriotismo español. Con efecto, al rayar el día 2 de diciembre próximo pasado, estando fondeados en el apostadero del Tolmo, se avistó una embarcación y a su proximidad se reconoció, con bastante satisfacción del exponente, ser un bergantín de guerra inglés; y sin embargo de su reconocida superioridad, llevando adelante, el que dice, sus deseos del servicio común, aseguró con los aparatos de ordenanza el pabellón de V. M. y empeñó el combate con la actividad y vigor que ya constan a V. M. y al reino todo, habiendo conseguido por últi-

que no se concibe que el mismo Nelson le hubiera podido superar en circunstancias iguales.

Pero ahora sabrán nuestros lectores cómo informó esta solicitud el Comandante de Marina de Algeciras. Decía así:

«Es cierta la gallardía con que Miguel Villalba y los suyos se arrojaron, batieron y rindieron al bergantín de guerra inglés *Pasley*. Las proezas de que hace relación el corsario español *San Francisco Javier* ya las premió S. M. con el escudo de distinción otorgado.

»La solicitud de Villalba para el grado de Oficial militar de la Marina o Ejército *la hallo excesiva*, porque son numerosos los patrones muy bizarros y beneméritos emprendedores de acciones expuestísimas

---

mo esfuerzo de las disposiciones del que representa colocar honrosamente las insignias de V. M. sobre las armas británicas sostenidas con la exorbitante fuerza de catorce obuses de a diez y ocho de fierro con sus llaves, cuatro cañones de bronce y las correspondientes armas blancas y de fuego para cincuenta y ocho hombres que tripulaban el buque enemigo.

»Esta acción ha llenado del mayor júbilo al que representa, por haber sido el director de un hecho ejecutado con la protección del pabellón de V. M., llevando su honor hasta los hogares mismos del enemigo y haciéndole comprender el valor que se apodera del pecho español cuando se interesa el honor de sus banderas y la lealtad de su rey. Estos dos agradables puntos ofrecen al que representa los más poderosos motivos de desear continuar sus servicios en aquella clase de distinción y honor militar que V. M. ofrece por el art. 4.º de su Real Ordenanza del corso a los que exponen sus vidas en persecución del enemigo;

una, dos y tres veces en las cañoneras del Rey que sentirían la desigualdad, y este premio de clase tan distinguida, si animaba a Villalba, enfriaría a los otros.

»Pero comprendiendo debe tener otro premio, si a V. M. le parece justo, creo que debe verificarse dándole *un empleo en rentas;* por ejemplo, cabo de la partida de las mismas playas de Tarifa, de donde es natural, u otro equivalente; pero precisamente allí, porque es vecino de aquel pueblo, y además Villalba *es un inválido* (era cojo); nada pierde el Rey en destinarle en *esta clase*. También pudiera ser cabo de Sanidad si esto le acomodara.»

. . . . . .

Del expediente resulta que quedó sin resolver el premio que en definitiva obtuviera Miguel Villalba; ignoro, por tanto,

---

y no pudiendo el que representa mirar con indiferencia estos gloriosos estímulos sin agraviar la bondad de quien los dispensa y el interés general de los demás nacionales que debemos recibirlos,

»Suplica rendidamente a V. M. se sirva, en consideración al referido servicio en favor del reino, dar un testimonio de su Real bondad recibiendo entre sus distinguidos servidores al suplicante, concediéndole en su Real Marina el grado militar que fuese de su Real agrado, para poder más expeditamente servir en cuantas ocasiones se presenten y fueren la Soberana resolución de V. M. Así lo espera de la acostumbrada eficacia con que V. M. favorece a los vasallos que se interesan en la prosperidad y honor de la nación. Algeciras ocho de enero de mil ochocientos uno. Señor: A L. R. P. de V. M.,

MIGUEL VILLALBA.»

si este *inválido* que patroneando una lancha venció en la mar, después de tres abordajes, a un buque de guerra de la nación marítima más poderosa y mejor del mundo, acabó sus días de cabo de Sanidad o de estanquero, por no *creérsele útil para la guerra* ni para otra cosa.

Sin embargo, nadie dudará hoy de que la faz de España cambiaría si pudiéramos trocar a cada uno de sus defensores en un *inválido* como Miguel Villalba.

Por mi parte, siento una inmensa satisfacción por haber sacado de la obscuridad y del olvido el nombre y el hecho heroico de este nobilísimo y humilde español para que todos reverencien su memoria.

(*La Ilustración Española y Americana,* 15 Marzo 1896)

UN NOBLE ENEMIGO

En 1882 publiqué la *Historia de la guerra de España en el Pacífico*, obra que comentó muy extensamente el famoso historiador chileno Sr. Vicuña Mackena, a quien sus compatriotas han erigido una estatua en Valparaíso (1).

Este escritor ilustre era un implacable enemigo de España; sus juicios podrían recusarse por apasionados antes que por benévolos. ¿No sería curioso conocer estos juicios suyos acerca de nuestra guerra en el Pacífico?

Pues bien; dejemos que Vicuña Mackena analice aquella campaña y sus hechos más salientes.

Al referir yo en mi *Historia* el incendio casual de la fragata *Triunfo*, fondeada en las islas Chinchas, que reducía a la mitad

(1) *Historia de la guerra de Chile con España*, cuadros y episodios comentados, arreglados y extraídos de la *Historia de la guerra de España en el Pacífico* de D. Pedro de Novo y Colson, por B. Vicuña Mackena. Santiago, 1883. Obra en 4.º mayor, 500 páginas.

las fuerzas navales de España bajo el mando de Pinzón, citaba, entre otras, las siguientes frases de Oficiales nuestros: «Puede ser que pasados veinte años hagan justicia al mérito que encierra nuestra permanencia aquí y concedan su merecido aplauso al hombre temerario que ha sabido con dos fragatas y una goleta poner en jaque a toda la América del Sur».

Y a esto replica el historiador Vicuña Mackena (pág. 69):

«*Había tal vez no poco de arrogancia de la raza a que los de allá como los de acá pertenecemos cuando decían los Oficiales de la fragata «Resolución» aquello de que Pinzón había puesto en jaque a toda la América del Sur. Pero lo que no es posible negar después del transcurso de los veinte años solicitados por los tripulantes de la fragata, viuda de su poderosa consorte, a* 3.000 *leguas de sus puertos de socorro y a* 50 *de los del enemigo, es que la entereza, resolución y patriotismo con que los españoles sobrellevaron aquel desastre, que les arrebataba la mitad de sus cañones y los embarazaba con el doble de la tripulación necesitada en su barco único, fué digna de los que vencieron en Lepanto, de los que, sin ser vencidos ni vencedores, combatieron contra los terribles huracanes del*

Atlántico a bordo de la invencible armada de Felipe II y de los que acompañaron a Colón al descubrimiento de un mundo en una carabela de 56 toneladas y sin puente.»

Más adelante, al enunciar la expedición de las fragatas *Villa de Madrid* y *Blanca* al archipiélago de Chiloé en busca de las escuadras enemigas allí refugiadas, digo:

«Alvargonzález y Topete estudiaron sobre el plano aquella localidad, y seguro es que corazones muy valerosos hubieran retrocedido ante las dificultades extraordinarias que tenían que vencer para franquear los arrecifes de Lami y Carva, que conducen a la isla de Abtao.»

Y a esto añade el historiador chileno (pág. 243):

«Desde la expedición de esas fragatas a Abtao ha quedado entre los ingenuos chilotes una poética leyenda, que redunda en honor de los españoles y de su atrevimiento por navegar en aquellos mares procelosos. Según esa leyenda, existía en Tabón una bruja, llamada «la Voladora», que secretamente guiaba a los españoles en todos aquellos laberintos, poniéndose en comunicación cercana con ellos.»

Cuando después relato la nueva expedición a Chiloé, verificada por el mismo Mén-

dez Núñez a bordo de la blindada *Numancia*, en unión de la *Blanca*, y juzgo aquel hecho de imprudencia temeraria, Vicuña Mackena lo comenta en los siguientes términos (pág. 288):

«Y era la verdad, porque en mares donde de continuo se pierden en los bajos o arrastradas por violentas correntadas las más sutiles balandras, manejadas por prácticos que han nacido, como los ánades, arrullados por las olas y vivido sobre sus erizados lomos, fué extraordinaria fortuna hacer pasar ileso buque tan enorme y de tanto calado como la «Numancia».

Respecto al combate de nuestra escuadra con las fortalezas del Callao poco podría yo decir que no hubiese sido publicado íntegramente y en muchas ocasiones.

Nadie ignora los pormenores de la lucha ni el indiscutible triunfo logrado por España.

Popularísimas son las heroicas frases de Sánchez Barcáiztegui respondiendo a la urgencia de que se inundasen las carboneras incendiadas; la no menos valiente de Pezuela al rechazar el auxilio del Almirante inglés; el reto gallardo que Topete lanzaba desde el puente y era oído en las baterías enemigas, y la pregunta de sublime sencillez que Méndez Núñez, herido, for-

mulaba al mandar cesar el fuego: «¿Están contentos los muchachos?».

Toda aquella relación que escribí ajustada a la exactitud y a la imparcialidad ha merecido la sanción de peruanos y chilenos. Pruébanlo los siguientes comentarios de Vicuña Mackena (pág. 369):

«*Tal fué, con efecto, en sus más marcados y heroicos perfiles el memorable combate del* 2 *de mayo de* 1866, *hecho de guerra que habría despertado en el viejo mundo vivísima atención si las naciones europeas no se hubiesen hallado por entonces entregadas a las guerras y turbulencias que en aquel mismo año terminaron en las memorables batallas campales de Sadowa y de Custoza.*»

Al razonar en mi libro que fué nuestra la victoria yo decía:

«Si debemos deducirla por el número de bajas que sufrieron ambos beligerantes, de éstas correspondieron a la escuadra 194, entre muertos, heridos y contusos, y al Callao, cerca de 2.000, según datos de su Prensa.»

Lo que el historiador chileno ratifica, diciendo (pág. 387):

«*Tuvieron, en efecto, los españoles sólo dos Oficiales muertos, los Guardias marinas Rull y Godínez, y heridos a Méndez*

Núñez, a Topete y al Alférez de navío Bastarreche. En cambio, los peruanos perdían, además del ilustre Ministro de la Guerra, Gálvez, que había sido el alma de la defensa, cinco Coroneles (Montes, Zamora, Baquero, Borda y Zavala. Este último, ¡rara singularidad!, hermano del Ministro de Marina en España); al valiente Capitán de corbeta D. Raimundo Cárcamo y no menos de veinte Jefes y Oficiales, además de otros tantos heridos, muchos de los cuales también sucumbieron.

»En esta parte la ventaja militar de los españoles fué evidente sobre sus adversarios; pero ello, por lo mismo, debería ceder en abono del inquebrantable denuedo de los que defendían lo que hoy es la tierra más cara para el hombre: su propia tierra.»

Es de advertir que Vicuña Mackena menciona en los *Comentarios* de mi obra a muchos de los chilenos que se batieron en la defensa del Callao, sin que esto sea óbice para reconocer que fueron vencidos.

Y luego añade con nobleza e imparcialidad:

«Los españoles pelearon en el Callao cuando Topete gritaba hasta oírsele en tierra: «¡Aquí está Topete!», y el bravo Barcáiztegui, muerto gloriosamente más

tarde delante de Motrico, en su incendiada «Almanza», lacónica pero heroicamente exclamaba: «Hoy no mojo la pólvora». Los españoles—decíamos—pelearon en el memorable 2 *de mayo de* 1866, *tan digno de ser recordado como el* 2 *de mayo de* 1808, *como españoles y a la española.»*

La confesión del eminente chileno (1) es honrosa e inapreciable.

. . . . . .

La Historia consignará siempre esta gloriosa página de nuestra Marina. Sufrida en el largo bloqueo y heroica en el rudo combate, despertó el asombro de los testigos extraños y más tarde fué citada como digno ejemplo por un gran Almirante austriaco en vísperas de una lucha temeraria: «Imitemos a los españoles en el Callao», dijo el ilustre Tegetthoff a sus Oficiales antes de atacar a la escuadra italiana en las aguas de Lissa.

En el aniversario del brillante hecho de armas tributamos profunda veneración a las ilustres sombras de aquellos héroes, que ya viven en la Historia estrechamente uni-

(1) Si el glorioso historiador Benjamín Vicuña Mackena viviese hoy, le sería gratísimo ver a Chile y a todas las repúblicas Sur-Americanas unidas a España con estrecho y fraternal abrazo, símbolo de una amistad, ya indestructible, porque nunca podrán resurgir los pasados errores, tan lamentables como absurdos.

dos a los Churrucas y Gravinas, a los Valdés y Galianos.

¡Dichosos los que al marchar llamados por Dios para otros mundos mejores dejan huella luminosa de su paso por este tormentoso, trazándoles el camino de la fama a las generaciones venideras!

Publicado en *El Mundo Naval Ilustrado* el 2 de Mayo de 1896.

LA VENTA DE LA "NUMANCIA,,

Ha publicado la Prensa que la fragata *Numancia* salió de Cádiz, a remolque, para Bilbao, donde será desbaratada y vendida como hierro viejo. Viéronla salir cerca del muelle en que yace el submarino *Peral* varios Oficiales de la Armada, que comentaban el fin del histórico buque.

La noticia de este hecho consumado habrá producido honda tristeza en toda la Marina, desde el Ministro (ejecutor forzoso de una ley económica) hasta el último aspirante.

Se acordó la sacrílega venta, sin que el Parlamento lo evitara, porque no hubo un diputado de buena memoria que dijese: «Señores, recordad que la *Numancia* no es sólo un buque viejo e inútil que debe desguazarse, sino también un monumento nacional, tan digno de estimación como la mayoría de los *ciento trece* edificios y ruinas que se conservan gracias a cuantiosos dispendios del Estado; que de esos ciento trece monumentos muchos poseen un supremo valor artístico, pero otros ninguno;

son nada más que testimonios de una leyenda histórica, como lo es la *Numancia*.

»Recordad que hace cincuenta años todas las naciones extranjeras temían enviar a mares procelosos sus recién nacidos buques con blindaje, y que entonces la blindada *Numancia* les *alivió el miedo,* probándoles que era infundado, pues hizo rumbo al Cabo de Hornos, pasó el Estrecho de Magallanes y luego, siguiendo la misma derrota de Sebastián Elcano a través del Pacífico, completó su vuelta alrededor del mundo.

»Pero a este viaje, asombro de todas las naciones, superaron en merecimientos para la conquista del *noli me tangere* de la *Numancia,* sus campañas en las costas del Perú y su exploración del archipiélago de Chiloé, nunca surcado por buques de alto bordo.

»Y, en fin, recordad que esta gloriosa fragata conserva aún sobre el puente huellas de su bautizo con la sangre de Méndez Núñez, herido ante el Callao.»

No puedo dudar del éxito que habrían obtenido estas recordaciones en el templo de las leyes; pero... hoy toda gestión oficial fuera tardía. El buque pertenece en plena propiedad a un individuo que hará desaparecer hasta su última molécula, y con ella

desaparecerá indignamente la reliquia más preciada de nuestra Marina. Imagino a su actual dueño ordenando una destrucción «sabia» y metódica; veo ya desclavadas la coraza, que resistió los gigantescos proyectiles peruanos, y la roda, tajante de todos los mares; hecha astillas la cámara del jefe, donde Pezuela, Lobo, Topete, Barcáiztegui, Alvargonzález y Antequera celebraban Consejo y prevenían los laureles de un nuevo Dos de Mayo; y veo con estupor que manos españolas arrancan del alcázar el letrero gloriosísimo que en todo el orbe únicamente la *Numancia* puede ostentar, letrero que ha enorgullecido a tres generaciones del Cuerpo de la Armada, y que dice así: *Inloricata navis que primo terram circuivit* (Primer buque acorazado que circundó el mundo).

¿Qué darían las Marinas poderosas de Inglaterra, Alemania o Francia por el justificado derecho a esculpir en uno de sus buques igual inscripción?

No; no puedo convencerme de que este lema excepcional, este blasón ganado por nuestra raza, que pregona el triunfo de un arrojo y pericia legendarios, sea vendido como hierro viejo, y menos aún de que cometan tal profanación hombres que se crean patriotas.

Y no quiero convencerme, porque todavía tengo esperanzas, fundadas en lo imprevisto. ¿Sería ilógico suponer que muchos miles de españoles sintieran el mismo rubor e indignación que hoy mueve mi ya cansada pluma? ¿Acaso fuera imposible la reunión de todos ellos para rescatar a poco costo el buque de un historial sin segundo en los anales marítimos del siglo XIX, que aún flota y que aún navega hacia su mercado?...

Yo dirijo estas preguntas al castizo maestro Mariano de Cávia por las buenas relaciones que mantiene con Juan Español y Don Patricio Buenafé. Si él los interrogara desde la gran tribuna que transmite sus siempre nobles «ideícas» hasta los últimos hogares del país, pronto sabríamos si la España de hoy es o no diferente de la hidalga y viril que los viejos hemos idolatrado desde nuestra juventud.

Pero el optimismo asoma al considerar que ahora como nunca predomina en muchas naciones el culto a sus trofeos, sacrificándoles con sublime altruísmo haciendas, vidas y mandatos religiosos.

Y ante este ejemplo, no podemos consentir la vergonzosa destrucción del único trofeo que testimonia no se ha interrumpido nuestra leyenda tradicional de ser

siempre los primeros; los primeros fuímos con Colón en descubrir América, los primeros con Elcano en rodear el mundo, los primeros con Vasco Núñez en atravesar los Andes y posesionarnos del Pacífico y los primeros con la *Numancia* en abrir a todos los buques acorazados la ruta de los mares más procelosos.

Yo confío, y conmigo, sin duda, los intelectuales que repetidas veces protestaron contra el decreto del Gobierno, en que la gloriosa nave será declarada monumento nacional y guardadora de recuerdos venerados, como lo es en Inglaterra el navío *Victory*, donde murió Nelson.

Ojalá así suceda, para honra de la patria y desagravio de los buenos españoles (1).

De *La Correspondencia de España*, 7 noviembre 1916.

---

(1) Atento el maestro Cávia a mi solicitud, escribió un hermoso artículo en el que pedía a los capitalistas de Bilbao rescatasen el buque glorioso para destinarlo a Museo o Escuela Náutica, y en igual sentido abogó el Marqués de Morella, pero ambos obtuvieron de los aludidos silencio absoluto.

Entretanto, la *Numancia*, que había arribado, a causa del temporal, y vuelto a salir de Cádiz poco después, fué de nuevo combatida por tan fuerte borrasca, que naufragó en las costas de Portugal hallando así una tumba más digna de su historia.

Creo oportuno mencionar otra ocasión en que el histórico buque estuvo a punto de ser echado a pique y a este fin copiaré unas líneas de la biografía del Vicealmirante D. Nicolás F. Chicarro, que inserta el *Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano*.

Bloqueaba con la Escuadra a Cartagena cuando los cantonales resolvieron huir, utilizando los buques que poseían, entre ellos la fragata blindada «Numancia», la cual salió abarrotada de gente, cerradas las portas e imposibilitada de hacer fuego. Chicarro cortó el camino a la «Numancia» con la fragata «Vitoria», le disparó una andanada, sin que aquélla respondiera, y en seguida maniobró de manera que irremisiblemente pasaba por ojo a la nave en que los cantonales huían; mas de pronto mandó orzar y exclamó: «¡No! ¡Yo no echo a pique este hermoso buque de mi patria! Tenemos muy pocos, va de huída y no se bate; la hazaña sería muy fácil, pero muy costosa a la Marina».

Por esta consideración y por la humanitaria de que no perecieran ahogadas las dos mil personas que en el barco iban, su conducta mereció el unánime aplauso del país.

(Confirma también este hecho, en todas sus partes, el *Diccionario Espasa)*.

Creo que la circunstancia de que el ilustre General Chicarro haya sido mi padre político no me veda de licarle un elogio, que también mereció con motivo de un triste suceso ocurrido en la isla de Cuba cuando mandaba aquel Apostadero. Era en vísperas del día en que los voluntarios de la Habana fusilaron a cuarenta estudiantes porque habían escrito frases injuriosas sobre la tumba de un español, acto que en España se calificó de asesinato. Débese advertir que por entonces no existían casi fuerzas del Ejército en dicha ciudad, pues se hallaban operando; así es que en el Consejo de Oficiales Generales (aunque repugnaba a todos el hecho), se juzgó imposible oponerse al salvaje propósito de los voluntarios, pero Chicarro declaró que se comprometía a sacar a los muchachos de la cárcel y llevarlos a bordo, para lo cual le bastaría ordenar que la Escuadra enviase una columna de desembarco con varios cañones; insistió que así se le consintiera, pero de ninguno obtuvo la conformidad. Entonces se dispuso a salir y le aconsejaron que llevase una escolta, porque los voluntarios ya conocían los apóstrofes que les había dirigido y la proposición que había hecho; Chicarro rehusó y con solo su ayudante atravesó las filas de aquellas tropas indisciplinadas sin que nadie se atreviese a acometerlo, antes bien lo saludaron militarmente.

Me consta que, transcurridos muchos años, al hallarse moribundo decía que el no habérsele permitido salvar a aquellos jóvenes era el hecho más amargo de su vida y que nunca había logrado olvidar.

EL HERÓICO VICTOR ROJAS

La villa de Arecibo, con 25.000 habitantes, se halla en la costa norte de la isla de Puerto Rico. Su fondeadero es tan desabrigado que casi todos los buques sorprendidos allí por temporales de travesía quedan deshechos entre las rompientes.

Así es que a poco de fundada en España la Sociedad de Salvamento de Náufragos poseyó Arecibo una estación de primer orden, con cuyo bote insumergible y lanzacabos libró de la muerte a las tripulaciones completas de muchos barcos perdidos, entre ellos las de la goleta *Hanrahan* y bergantín *Tomás Turull*, americanos; goleta *Effié Swet* y vapor *Scepbre*, ingleses, y corbeta española *Carmencita*.

Luego, aquella magnífica estación pasó con toda la isla a poder de los Estados Unidos y no sabemos si habrá seguido prestando humanitarios servicios bajo otra bandera. Suponemos que sí.

Pero en cambio nos consta que desde el año 1897 todos los navegantes y viajeros

que arriban a la rada de Arecibo contemplan admirados un monumento erigido en el paseo de las Damas, que bordea el mar. Su gran pedestal de piedra sostiene un busto de bronce que representa a un negro vestido de pescador. Debajo del busto se lee: *Víctor Rojas.*

¿Quién fué aquel pescador, aquel pobre negro (1), para haber merecido que se inmortalizara su memoria? ¿Qué hechos excepcionales realizó para que la importante y culta villa de Arecibo halle justificado que en el único monumento allí existente se proclame como el mejor de sus hijos al negro Víctor Rojas?

¿Quién fué, pues, ese negro?

Fué un hombre extraordinario.

Víctor Rojas nació el año 1832; desde su juventud se dedicó a la pesca, de la que sacaba el suficiente producto para mantenerse.

Era de mediana estatura; pero su vigor físico parecía ilimitado cuando luchaba con las olas.

Vestía tan sólo un pantalón hasta media pierna y una camisa de tela basta. Nunca se le conoció vicio alguno, ni siquiera el de fumar; tampoco bebía vinos ni licores.

---

(1) Era mulato obscuro, casi negro.

Cuando todavía era adolescente comenzó la sublime tarea a que había de dedicar toda su vida: el salvamento de los que naufragaban en la rada de Arecibo.

Por espacio de muchos años presenciaron los vecinos de aquel pueblo un espectáculo conmovedor y terrible cada vez que las borrascas del Norte o Noroeste originaban un siniestro.

Veían entonces aquellos vecinos desde sus casas al negro Víctor Rojas que soportaba el viento huracanado y la lluvia torrencial sentado en una peña y observando a los buques en peligro. Rara vez dejaba de ocurrir que alguno perdiera sus anclas y cayera sobre las rompientes, donde quedaba aprisionado hasta que el mar lo destrozaba y esparcía sus restos.

Pero apenas un buque, rotas las cadenas, era llevado hacia su tumba, Víctor Rojas corría al punto de la playa más cercano, clavaba en la arena una larga barra de hierro y, haciendo en ella firme el extremo de una cuerda o cabo, se ataba el otro extremo a la cintura. Así dispuesto, se arrojaba al mar y nadaba contra el viento y las olas. Veíaselo desde tierra aparecer y desaparecer de continuo y avanzar lentísimamente en dirección al buque náufrago.

A veces el valiente negro invertía una hora en el trayecto, pues necesitaba soportar y vencer también el peso del largo cable; pero siempre lograba llegar y subir a bordo, aunque jadeante y ensangrentado por los latigazos de las olas.

Allí se desceñía la cuerda de la cintura y ordenaba a los atónitos marineros que la amarraran en cubierta, estableciendo de este modo la comunicación con la playa. Pero nadie se atrevía a utilizar tan peligroso recurso; temían ser desprendidos del cable y arrebatados.

Sin embargo, era forzoso resolverse, y Rojas, sin insistir más, suspendía de súbito entre sus brazos de acero a cualquiera de los tripulantes y se deslizaba con él al agua; entonces aquél, por instinto de conservación, se agarraba al cuello y espalda fornida del negro Víctor, quien. palmeándose por la cuerda, conducía ya fácilmente hasta la playa al primer náufrago salvado. Apenas lo dejaba en seco volvía a recorrer el mismo camino, aunque con más rapidez y menos riesgo.

Su reaparición en el buque producía honda emoción; lo miraban maravillados al escalar la borda y recibir en pleno pecho el mismo golpe de mar que hacía trizas la murada; lo miraban con estupor cuando,

magullado, herido, invitaba sonriendo a otro tripulante para que se afianzara en sus hombros...

Y un momento después desaparecía Víctor con nueva carga, hecha de grado o por fuerza.

A los pocos minutos había dejado en tierra una segunda víctima salvada y sin descansar emprendía su tercer viaje.

Entretanto a bordo reinaba la desolación y pánico, pues el mar, siguiendo su obra destructora, había ya deshecho los fondos del buque e inundado las cámaras, y los tripulantes y pasajeros sólo podían refugiarse sobre cubierta en espera de auxilio.

Así es que la nueva aparición del héroe después de su doble hazaña no infundía terrores, sino alegría loca... Todos los brazos se extendían hacia él y él entonces, satisfecho, daba la prioridad de su socorro a los más débiles...

¿Cuántas veces iba y volvía desde el buque a tierra aquel hombre-pez, aquel portentoso nadador? Cuantas fueran necesarias para salvar a todos los seres humanos que albergaba el barco perdido.

Pero en muchas ocasiones, después de dejar en la arena al último náufrago, caía Víctor a su lado falto de fuerzas, co-

mo masa inerte, y era preciso conducirlo a su casa y someterlo a larga curación. Por inverosímil que parezca, debemos consignar que, según datos oficiales, Víctor Rojas salvó *personalmente* en un período de treinta años más de *doscientas vidas.*

Como lógica consecuencia, muchas naciones lo habían recompensado, y poseía diplomas, condecoraciones y medallas de Inglaterra, Francia, Alemania, Estados Unidos, etc., etc.

La última que le concedió España le fué prendida sobre el noble pecho en la catedral por el general gobernador, cumpliendo una orden expresa del Ministro de Ultramar, acto solemne al que asistió todo el pueblo.

* * *

Víctor Rojas, que nada poseía, se había negado siempre con tesón asombroso a admitir la cantidad más insignificante en recompensa a los salvamentos que realizaba. Así es que los Cónsules, al notificar a sus Gobiernos respectivos la pérdida de un buque y la salvación de sus tripulantes merced a la audacia sin límites del pobrísimo pescador, solían añadir: «Adviértese que toda recompensa en metálico sería rechazada».

BIBLIOTECA Granada DE ANDALUCIA

Citemos un caso notable:

Cierto día, el Juez de instrucción de Arecibo (1), al embarcar desde el bote en un vapor cayó al agua y se sumergió instantáneamente. A los gritos de los pescadores, Víctor Rojas, que iba patroneando una falúa 50 metros distante, abandonó el timón y, bien orientado del sitio, nadó hacia él y luego se zambulló para bucear.

Una ansiedad indescriptible embargó a todos hasta que, transcurrido un minuto, reapareció el negro a flor de agua llevando suspendido el inanimado cuerpo del Juez.

En medio de aplausos y vivas atronadores Víctor lo condujo a bordo del vapor. Allí se le prestaron al Juez los socorros que reclamaba su estado de asfixia, y al día siguiente pudo ser traslado a su casa ya fuera de peligro.

Pero apenas recobrada la salud el Juez llamó al negro y díjole:

—Te debo la vida. Por ti no son mis hijos huérfanos... Quiero que como prueba de mi gratitud aceptes estos ahorros que guardaba.

Y puso en manos de su salvador un bolsillo que contenía sesenta onzas de oro.

(1) No recordamos su nombre; pero el aludido, que tendrá muy presente el hecho, podria confirmar la exactitud de nuestro relato.

El negro, confuso y riéndose, le contestó, a la vez que dejaba el bolsillo sobre la mesa:

—Perdone su mercé... Yo no tomo dinero.

Insistió el Juez sin resultado.

Luego hizo intervenir a la autoridad de Marina para que Víctor aceptase; pero inútilmente. El pobre pescador rechazó en absoluto aquellas sesenta onzas de tan buen grado ofrecidas.

La *Providencia de los náufragos,* como llamaban en el pueblo a Víctor Rojas, había salvado también muchos niños que, jugando en el malecón del río, cayeron al agua. Entonces invariablemente después que salvaba a un muchacho le daba dos o tres azotes con su cinturón de cuero y, cogiéndolo por una oreja, lo llevaba ante el padre o la madre y les decía:

—Se taba ajogando... Le saqué y le dí unos chinchorrazos... Ahí lo tiene.

* * *

Víctor Rojas fué siempre devotísimo de la Virgen del Carmen. Todos los años, desde el 1.º de julio, salía a pedir de casa en casa para la fiesta religiosa del 16 del mismo mes, y como en todas le respondían, lograba reunir de 200 a 300 pesos.

Al amanecer del día de la fiesta el honrado negro se vestía de gala, con zapatos, pantalón y chaqueta azul, en la que ostentaba prendidas las muchísimas cruces y medallas de oro que había ganado. Y era hondamente conmovedor ver sobre el pecho de un hombre tan humilde reunidas, agrupadas por falta de espacio, tantas condecoraciones de esas que no pueden comprarse y que atestiguan y pregonan la gratitud de las naciones más cultas, poderosas y civilizadas.

Con ellas, orgulloso, asistía a la procesión, llevando a hombros, en unión de otros tres marineros, la imagen de la Virgen.

Cuando en 1884 se fundó en Arecibo la Junta local de la Sociedad Española de Salvamento de Náufragos, por la iniciativa y gestiones del Capitán del puerto, D. Darío Laguna, y fué edificada y pertrechada la hermosa caseta, Víctor Rojas examinaba con curiosidad infantil todos los artefactos y enseres que la industria ha dispuesto para hacer más eficaces los socorros.

Y cuando poco después ocurrió el naufragio del *C. Hanrahan* y vió Víctor que en tres minutos llevaron de la caseta a la playa un cañón Lyle, que disparó hacia el buque; que el proyectil con su guía cayó

entre sus palos; que a bordo cobraron el cable, y que suspendida de él les fué enviada una canasta, que trajo a tierra un tripulante por encima de las olas y las rompientes y luego otro y otro, hasta el último, en poco menos de media hora...; cuando Víctor vió que el salvamento total se había verificado con toda fortuna en menos tiempo del que él hubiese invertido para llegar nadando a la mitad del trayecto, quedóse atónito y le dijo a Laguna:

—Y ahorita..., ¿qué jago yo?...

Efectivamente; desde entonces tuvo Víctor pocas ocasiones de luchar con las olas.

Pero la Sociedad de Salvamento, admirada de las proezas del negro heroico y deseosa de endulzarle la jubilación que le imponía, le regaló una hermosa lancha de pesca, construída en los Estados Unidos, y que le fué entregada en el acto de la bendición de la caseta y del bote insumergible (al que se puso su nombre). Sin embargo, para que aceptase la lancha hubo necesidad de decirle:

—La Sociedad salva a los que naufragan en el puerto, pero no a los que se pierden fuera. Tú acaso podrás hacerlo con tu bote.

Eso lo convenció.

* * *

Aquel hombre, realmente excepcional, ya casi viejo sufrió grandes amarguras y tuvo un fin tristísimo.

Concretemos en pocas líneas esta crueldad de la suerte.

Yendo Rojas un día de la Virgen del Carmen vestido de gala y luciendo sus condecoraciones, un municipal borracho se las arrancó y le dijo:

—Ningún negro debe llevar tantas cruces.

El pueblo, indignado, apostrofó a aquel bruto. El Capitán del puerto y el Alcalde pidieron al Jefe de Policía que procesara al municipal, y aunque se negaba, fué tan unánime y enérgica la actitud del pueblo, que al fin ordenó la detención y cesantía del guardia. Pero en medio de las aclamaciones con que los vecinos celebraban el desagravio del héroe del mar, éste le decía llorando a Laguna:

—Señó..., un *moreno* no debe tener cruces..., y no es chirigota..., porque ningún otro las tiene...; pero... ¿pa qué me las dieron?

Y aunque Laguna, que ejercía sobre Víctor mucho ascendiente, procuró tranquilizarlo, no pudo persuadirlo ya de que había ostentado con perfecto derecho y justicia todas aquellas medallas, todos

aquellos honrosos premios, objeto de su veneración y de su orgullo.

Pero si el desengaño le mató la fe en su propio mérito, otro suceso terrible para él le hirió en el alma.

Cierto día que Víctor había logrado pescar dos grandes lisas le aconsejaron que las rifara; hízolo así, sin acordarse de que previamente necesitaba pagar un pequeño derecho a la Aduana, y la Policía lo prendió y entregó al Juzgado (1). Fué condenado a dos meses de cárcel, y aunque el Capitán del puerto gestionó activamente su indulto, no pudo conseguirlo; pero sí logró que en calidad de preso fuese al hospital.

Allí sufrió su condena aquel hombre casi santo, que nunca había sido reprendido.

Cuando salió del hospital tenía perturbada la razón, y pocos meses después la perdió por completo.

Su manía era agredir a los municipales que hallaba al paso; con sus fuerzas hercúleas los cogía y volteaba, y necesitábanse ocho o diez hombres para contenerlo.

Por último, se hizo indispensable encerrar a Víctor Rojas en el manicomio de San Juan, donde sólo vivió sesenta días.

---

(1) Este Juez no era el salvado por Rojas; habían pasado muchos años de aquel suceso.

A sus funerales asistió todo el pueblo, el mismo que hoy venera su memoria.

El ilustre filántropo Martín Ferreiro decía en la biografía de Víctor Rojas:

«Nacido en la borrascosa orilla septentrional de la isla, familiarizado con los peligros del mar, de complexión de acero, con un valor sin límites y la confianza en sus propias fuerzas, un alma generosa y un absoluto olvido de sí mismo ante la angustia ajena, como debe ser el alma de los santos, así era Víctor Rojas y así lo fué durante toda su vida.»

La Sociedad Española de Salvamento de Náufragos, para perpetuar la efigie y honrar la memoria de este negro, uno de los más grandes y puros bienhechores de la Humanidad, acordó erigirle el monumento a que nos hemos referido. Como se deseaba hacer una obra de arte, su busto fué modelado por el eminente escultor don Elías Martín, quien declaró que haría gratis el trabajo. Enviado luego el busto a la Casa Masriera, de Barcelona, para que lo vaciara en bronce, dijo esta Casa que sólo cobraría el importe del material. Graciosamente fué llevado a Puerto Rico en un vapor de la Trasatlántica y sin dispendio también se levantó el pedestal.

. . . . . .

Poco, muy poco después, cambió de nacionalidad aquel territorio y allí quedó la estatua del héroe de Arecibo.

Allí quedó con su sencillo epitafio:

VÍCTOR ROJAS

SALVADOR DE DOSCIENTAS VIDAS

Y quedó allí, tal vez para que de padres a hijos los nuevos amos, los soberbios dominadores, se descubran respetuosos ante la negra faz de un español humildísimo (1).

---

(1) Como prueba de la fama mundial de Víctor Rojas copiamos los párrafos siguientes que insertó el Boletín de la *Royal National Life-Boat Institution* (Sociedad de Salvamento Inglesa) con motivo de celebrar el centenario de su fundación (1824).

Dice así:

«No conocemos más imponente y conmovedora historia que la del pobre pescador de Puerto Rico que dedicó a esta «sublime tarea» de salvar náufragos, por él elegida, un peculiar valor y una férrea naturaleza que llena de admiración y asombro. Recordamos al fundador de nuestra institución, Sir William Hillary. ¿Pueden esos dos hombres ser más desemejantes en todas las circustancias de naeimiento y de su vida?

»Era éste un culto y acomodado caballero inglés, un caballerizo de la Casa Real, gran viajero, soldado, autor y filántropo. El otro era un pescador negro

»Tan diversos como fueron Sir William Hillary y Víctor Rojas en todo lo que pudo influir en el curso de sus existencias, la historia de la obra principal de sus vidas presenta extraña semejanza.

»Un rasgo de la naturaleza emparenta al mundo entero.

»Comienza esta semejanza en el escenario de sus hazañas: para Hillary la bahía de Douglas, para Rojas la de Arecibo. Corren parejas por su eficiencia. Rojas por su propio esfuerzo, sin ayuda ajena, con la sola de su cable y de su barra de hierro, salvó más de 200 vidas. Sir William

UN VENCIDO EN BAILÉN

(Traducción de una carta familiar)

A M. GUILLERMO COLSON.
Pintor de Historia.

PARIS.

Cádiz, 18 de septiembre de 1808.

Mi querido primo: Vuelvo a escribirte para que sepas que aún vivo. No sospechaba yo cuando te dí el abrazo de despedida en el estudio del gran David, tu maestro, llevando mi flamante uniforme de Oficial de dragones, que meses después habría de verme encerrado en una fortaleza de la bahía de Cádiz. ¡Me parece un sueño!

Hillary, con la ayuda de hombres inspirados por su valor y ejemplo, también acertó a salvar 300. En lo que se refiere meramente a las fuerzas físicas, los hechos de Rojas imaginamos que son insuperados e insuperables, pero en su férreo valor en su devoción a su voluntaria tarea, es imposible escoger entre ambos hombres. Por lo que de ellos conocemos, en la larga lista de los héroes de salvamento, puede decirse que por la fructífera combinación de valor excepcional y ocasiones propicias, hicieron del salvamento, casi puede decirse, un deber regular y normal de su vida ordinaria.

»En la muerte como en la vida se conserva la extraña semejanza entre estos dos hombres. Cada uno recibió, cuando aún vivía, el reconocimiento de aquéllos a quienes fué útil. Se comprendió su grandeza, se honró su obra. Cada uno había tomado como inspiración principal de su

Ya tendréis en París noticia de nuestra derrota. ¿Qué habrá dicho el Emperador? ¿Qué opinarán de nosotros los héroes de Austerlitz y de Jena?

¡Dichoso tú que puedes esperar un porvenir! El mío ya ha terminado. Napoleón jamás perdona a los vencidos y la Francia nunca se creerá madre de un prisionero de Bailén.

. . . . . .

¿Qué cómo ocurrió el inaudito suceso?

Difícil es explicártelo. Tú no conoces estas tierras ni los nombres de sus villas; pero consultando el mapa acaso halles cierta orientación. Yo únicamente mencionaré las que son capitales de departamentos y algunas más, que te ayudarán *a ver* en esta descripción extravagante y antitécnica de la batalla, escrita sólo para ti.

---

vida aquella noble piedad que tan exquisitamente expresa Shakespeare por boca de Miranda.

»Y cada uno había expresado esta piedad, no con hermosas palabras, sino con acciones heróicas. Esta piedad que por los otros mostraron hace aun más doloroso que ambos terminasen su vida en el sufrimiento y la tristeza.

»Hillary, que había dado tan regiamente sus bienes para la gran causa, murió en la pobreza. El fin de Víctor Rojas fué aun más triste. Insultado a causa de su color, preso por un delito insignificante, perdió la razón y murió en un manicomio.

»No conocemos ejemplo más triste de la mutabilidad de la fortuna humana que el de estos dos hombres fundidos en un heroico molde, dedicados toda su vida a tan nobles y abnegadas causas y honrados por sus semejantes de un modo que no desmerecía de sus hechos y que hayan acabado sus días de tan honroso servicio en la tristeza y la desgracia inmerecida».

No ignoras que era nuestro propósito avasallar toda Andalucía con un total de 23.000 soldados y 48 cañones; que el Emperador creyó la empresa fácil y el contingente excesivo, porque estaba mandado en jefe por el *General intrépido,* por Dupont de l'Etang.

¿Cómo no había de inspirar ciega confianza el heroico vencedor en Barberino y en Florencia; el coloso que en Lombardía, con 15.000 hombres, derrotó a 50.000 austriacos; el que hace dos años, con cinco batallones, arrolló y deshizo un ejército de 25.000 prusianos en el puente de Ilalla, y el que reprodujo sus hazañas en Lubeck, Mahrungen y Freidland? ¡Pobre Dupont! ¡Cuán triste e inesperado ha sido el epílogo de su gloria militar!

Pero no divagaré.

El 7 de junio batimos a los españoles en un puente y del empuje entramos en Córdoba con furor y codicia. No quiero recordar los horrores de que fuí testigo. El 19 nos replegábamos sobre Andújar y el 20 saqueamos a Jaén.

El 16 de julio hubo un rudo choque, cerca de Menjíbar, entre un corto destacamento nuestro y una división mandada por Reding.

La superioridad numérica del enemigo

nos obligó a una sabia retirada; allí mataron al General Gobert. Por entonces, mal inspirado Dupont acerca de las maniobras de Castaños, ordenó a Vedel que partiera con sus divisiones hacia los montes en demanda de Reding; mas como no halló enemigos, Vedel se detuvo y acampó en unas villas distantes de Andújar más de tres leguas.

Entretanto Reding había repasado el Guadalquivir con gran sigilo y ocupado a Bailén, interponiéndose entre nuestros dos ejércitos.

Su plan era atacarnos en Andújar; pero Dupont, apenas supo el movimiento de Reding, afanoso de batirlo por el frente y retaguardia, al paso que rehuía las divisiones de Castaños, emprendió su marcha sobre Bailén el día 18 al declinar la tarde.

El 19, de madrugada, nuestra vanguardia avistó la del enemigo y rompió el fuego; pero aquél fué prontamente reforzado y hubimos de retroceder en espera de las columnas. Llega Dupont con los coraceros, cazadores y dragones de Dupré y Privé y la brigada suiza. Yo pertenecía a los dragones de Privé. Apenas desembocamos, los coraceros se arrojan sobre la izquierda enemiga, acuchillan un regimiento de Infantería y se apoderan de un cañón, mien-

tras que la derecha es atacada por los suizos de Schramm y otras fuerzas.

Yo, inactivo aún entre los míos, aguardando órdenes, pude investigar el campo de batalla. Eran las ocho. A mi vista se ofrecía la mayor parte del ejército español y recuerdo las *chansonnettes* que le dedicamos. Figúrate una tropa de la que sólo un tercio estaba uniformada; todos los demás iban vestidos de paisanos, y entre su Caballería noté un escuadrón de campesinos andaluces, que en vez de lanzas llevaban largas picas, útiles no más (creía yo antes) para defenderse de los toros.

Mucho nos reíamos de todo aquel ejército abigarrado; pero a la vez nos resultaba inexplicable que siguiesen firmes en sus líneas después de cuatro horas de lucha.

Poco a poco fué trocándose nuestro alborozo en asombro y preocupación. Manifiestamente éramos rechazados; nuestro centro cedía al contrario empuje. Dupré murió y Schramm quedó herido. La artillería enemiga había desmontado la mitad de nuestros cañones y nuestra cuarta legión estaba casi deshecha.

Pero urgía mucho a ambos combatientes terminar la batalla, pues de un momento a otro podrían acudir o las divisiones de Cas-

tanos, que nos cogerían entre dos fuegos, o las de Vedel, que efectuarían igual funesta maniobra con los españoles.

Eran las once de la mañana cuando Dupont, ciego de ira, se puso a la cabeza de todas las columnas y ordenó arremeter en masa. Una carga general a la bayoneta, siempre irresistible, no pudo abrirnos paso y resultó infructuosa. A los coraceros y dragones, que avanzamos como un alud contra el ala izquierda, nos salió al encuentro aquel escuadrón de campesinos armados de picas; después del primer choque, que fué espantoso, comprendimos el terrible efecto de su arma única y de la fuerza y maestría de los jinetes. Nuestra superioridad táctica y numérica era contrarrestada por un sistema, por una forma de ataque que ellos usaban para derribar los toros más fieros... ¡Qué carnicería! Pero los malditos no cejaron, no; antes bien... ¡Basta! Sólo he de añadirte que nunca me había batido con hombres tan tercos y formidables (1).

---

(1) *Nota del traductor.*—Alude al famoso escuadrón de *garrochistas* mencionados en la historia con el renombre de «lanceros de Utrera y Jerez».

De ellos dice López Soriano: «Los lanceros de Utrera y de Jerez defendían nuestra izquierda y se cebaron tanto en perseguir a los franceses, que llegaron hasta el grueso del ejército, atravesando todos los olivares, con pérdida de más de tres partes de su fuerza».

Y dice el testigo D. Miguel Mayor: «Unos lanceros que

Rechazadas nuestras tropas en aquel primer intento y previo corto descanso, ordenó Dupont, ya fuera de sí, otro ataque general con todos los batallones; mas la artillería enemiga *vomissait le feu à tout volée*, y también fuímos rechazados con enormes pérdidas.

Clamaba nuestro caudillo contra Vedel, que debía haber llegado, atraído por un cañoneo incesante de seis horas, y, cada vez más receloso de que apareciese Castaños, nos arengó invocando el honor de Francia comprometido y la vergüenza y oprobio de que nuestras banderas y nuestras águilas imperiales fueran pisoteadas...

Gritos de rabia y de entusiasmo le respondieron y un tercer ataque se verificó más rudo e impetuoso que los anteriores. En él tomó parte activísima el batallón famoso de los Marinos de la Guardia, que hicieron proezas, llegando casi a tocar los cañones enemigos... ¡Todo en vano! Aquel batallón, siempre invencible, tuvo que retirarse a la desbandada; nuestra brigada suiza se pasó a los españoles; de los dragones

venían vestidos de paisano y que al presentarse los dragones y coraceros de Privé sobre nuestra izquierda, movieron tal choque, que de los lanceros no quedaron ni la cuarta parte, pero con ventaja sobre los franceses, cuyos cadáveres fueron en mayor número, según se vió cuando se contaron al siguiente día».

y coraceros, la mitad estaban muertos o heridos, y nuestra artillería, silenciosa. No habíamos logrado abrir brecha en las filas contrarias, y como testimonio del valor con que luchamos yacían sin vida sobre la tierra calcinada más de 2.000 franceses.

¡Qué tristeza, qué amargura se apoderó de mi alma! Ya era una realidad la inverosímil derrota del *General intrépido* y de su hueste aguerrida.

Todos nos hallábamos abatidos, jadeantes, sedientos y asfixiados bajo un sol canicular cercano al zénit.

Dupont propuso entonces a Reding una suspensión de hostilidades, que fué aceptada como preliminar de la capitulación.

Entretanto llegó al campo de Bailén una división destacada del ejército de Castaños y completó nuestro cerco. Y cuando apareció, por fin, Vedel con sus tropas, no quiso creer en el armisticio y atacó a los españoles por los flancos y retaguardia, hasta que Dupont le intimó la orden de cesar el fuego...

Yo quisiera dejar aquí la pluma. ¡Es tan desagradable lo que me resta por decir! Permite al menos que sea lacónico.

Dupont solicitó vanamente de Castaños que le dejase marchar hacia Madrid con

todo su ejército. Obligado a rendirse, aconsejó a Vedel que partiera, salvando sus divisiones; pero cuando Reding lo supo amenazó a Dupont con pasar a cuchillo todas sus tropas si Vedel no retrocedía y se entregaba también prisionero. Vedel retrocedió, obedeciendo el mandato de su General en jefe.

Por último, se firmaron las capitulaciones.

Los 8.000 hombres de Dupont que quedábamos en pie desfilamos ante Castaños y rendimos las armas. Los 9.000 de Vedel también las rindieron (con 40 cañones); pero para devolvérselos al embarcarlos en Cádiz con destino a Francia. Esa fué la distinción concedida a los que no se habían batido.

Quiera Dios, amado Guillermo, que nunca presencies el acto desgarrador de depositar a los pies del enemigo de tu patria su sacrosanto estandarte y las armas con que debiste defenderlo hasta morir.

Merecemos lo que obtuvimos: que los vencedores faltaran a su tratado y que aún estemos prisioneros. ¿Cuándo volveré a verte? Tal vez jamás.

Escríbeme a Cádiz, castillo de San Felipe.

Te abraza tu indigno primo

SANTIAGO COLSON.

Advertencia del traductor.—Tengo noticias muy posteriores al año 1808 del Oficial de dragones franceses M. Santiago Colson y Gadot.

Cuando las autoridades lo pusieron en libertad, viéndose huérfano y ya sin porvenir en la milicia, quedóse en aquel rincón de España... porque tal era su sino.

Firmada la paz, se dedicó al comercio y a la más cortés galantería. Como consecuencia, resultó de nuevo rendido y condenado a perpetua esclavitud por la dama gaditana D.ª Manuela Pareja y Díaz. Hija de esta *pareja* matrimonial fué mi adorada madre, quien solía repetir que mi abuelo nunca pudo consolarse de la derrota de Bailén.

(Publicado por el Círculo de Bellas Artes en el primer Centenario de la Guerra de la Independencia), julio 1908.